discursofuneral.es

Querida familia, amigos, vecinos del barrio, gracias por estar aquí para despedir a José Manuel Herrera Sánchez, nuestro Papá Chema, y para celebrar su vida.

Hoy quiero hablarte a ti, papá, y hablar también con todos los que te quisieron. Porque así era contigo: uno te miraba a los ojos y sentía que le hablabas de frente, con calma, con esa paciencia tuya que desarmaba las prisas.

Naciste en Sevilla, en un barrio trabajador donde la palabra valía más que un papel. Allí aprendiste pronto que la responsabilidad no se pregona, se practica. A los 28 te atreviste a abrir tu propio taller, y con aquel gesto pusiste el primer tornillo del sueño que te sostuvo toda la vida. En 1984 te casaste con mamá, con Marta, y ese día, más que un anillo, te pusiste un compromiso diario: cuidar, estar, construir.

Tu taller fue tu casa y, de alguna manera, la casa de todos. Quien entraba por esa puerta con un ruido extraño en el motor salía siempre con algo más que una reparación: salía con la tranquilidad de haber sido escuchado. Tenías un humor discreto, de media sonrisa y mirada cómplice, y una capacidad de escuchar que era, en sí misma, una forma de amor.

Yo recuerdo, como si fuera hoy, los sábados contigo en el taller. El olor a aceite, las manos negras de grasa y tu voz enseñándome a cambiar un filtro como quien enseña un secreto de familia. Entre una llave y otra, me contabas historias de tu juventud, de los primeros encargos, de aquel vecino que llegó con la moto hecha un puzzle y se fue, semanas después, montado en un milagro de tornillos pulidos. En esos sábados me diste algo más que un oficio: me diste la certeza de que el trabajo honesto sostiene el mundo y de que la familia es el motor que no debe calarse.

Te apasionaba restaurar motos antiguas. Te gustaba devolverles la vida con

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

paciencia y detalle, como si al alinear un carburador recompusieras también un recuerdo. Eran horas de banco de trabajo, de piezas clasificadas en latas de galletas, de pruebas en la calle del taller mientras algún vecino te hacía señas con el pulgar arriba. Y así eras con todos: si alguien llamaba tarde porque el coche no arrancaba, tú decías “ahora voy” y, sin ruido, resolvías la noche de una familia.

Los domingos, fútbol con los amigos. Nada grandilocuente: una pachanga, una broma, un café después para comentar la jugada y arreglar el mundo un rato. Y cuando el río estaba amable, la caña y el silencio. La pesca te enseñó esa espera buena que tú practicabas en todo: sabías que no todo se saca a tirones, que muchas cosas llegan cuando uno las merece y las sabe recibir.

En la asociación del barrio fuiste voluntario firme. No salías en fotos, no buscabas aplausos. Preferías cargar cajas, tocar puertas, preguntar quién necesitaba algo. Practicabas una solidaridad sin ruido, de esas que cambian de verdad la vida de la gente. Para ti, dar la palabra era dar la cara. Y cumplirla, una forma de dignidad.

Fuiste un hombre honesto, trabajador, paciente. Un padre cercano. Un esposo leal. Tenías esa risa tranquila que bajaba la tensión de cualquier día difícil y unas manos que parecían entender todos los lenguajes de lo que estaba roto. No solo las bujías y los relés: también los enredos de casa, los miedos, las dudas. Te sentabas, escuchabas y, antes que una respuesta, regalabas silencio. Luego, un consejo sereno, claro, sin adornos.

Hoy te despedimos como tú querías: con sencillez, con una guitarra que acompañe más que interrumpa, con fe y con gratitud. Tu fe católica fue para ti una guía discreta: ni altisonante ni ausente. Rezabas sin alardes y trabajabas como una oración. Y hasta en esta hora nos pusiste orden: “el taller, cerrado solo un día”, dijiste. Nos sonríe esa frase, porque es tu manera de decirnos que la vida sigue, que las puertas se vuelven a abrir y que la mejor forma de honrarte es hacer bien el trabajo y cuidar de los nuestros.

Crea tu propio discurso personalizado en discursosfunerales

Mamá, Marta, fuiste su compañera de ruta. En las fotos viejas se os ve jóvenes, con poco y con todo, empezando. Hoy, mirando atrás, uno entiende que el amor se mide en tornillos compartidos, en turnos, en sobremesas sencillas, en caminar a la par. Lucía, hermana, tú sabes lo que él celebraba de ti: tu fuerza, tu carácter, esa risa que heredaste suya. Y a vosotros, Mateo y Carla, sus nietos, os queda un tesoro: las historias del abuelo en el taller, la forma en que ponía la mano en vuestro hombro, el brillo en los ojos cuando os veía entrar por la puerta. Aprended de él ese arte de escuchar y ese respeto que vale por mil discursos.

Papá, te vamos a extrañar en cosas pequeñas que son, en realidad, gigantes. Nos faltará tu risa bajita al final del día. Nos faltarán tus manos que todo lo arreglaban, desde el timbre de la vecina hasta un corazón inquieto. Nos faltará tu “tranquilo, esto tiene solución” cuando algo parecía no tenerla.

Pero también sabemos mirar lo que permanece. Permanecen tus valores en nosotros: la responsabilidad que no negocia, la palabra que se cumple, la solidaridad que se adelanta. Permanece la lección de los sábados: que la vida se entiende mejor con las manos ocupadas y el corazón en paz. Permanece el ejemplo: trabajar sin trampas, querer sin ruido, estar sin imponerse.

Gracias, papá. Gracias por enseñarme a cuidar de la familia por encima de todo. Gracias por el oficio de hacer las cosas bien aunque nadie mire. Gracias por creer que lo roto merece paciencia y que las personas, más todavía.

Sé que, si pudieras hablar ahora, nos dirías que nos cuidemos, que estemos atentos unos a otros y que no dejemos para mañana los arreglos de hoy. Nos dirías que la pena es humana, pero que no tape la alegría de haber compartido este camino contigo. Y quizá añadirías, con esa sonrisa discreta: “Y mira a ver ese ruidito del coche, que no me gusta”.

Hoy te decimos adiós, Papá Chema, con dolor y con esperanza. Con la certeza de que tu vida ha dejado huellas claras: en tu familia, en tus amigos, en cada vecino al que tendiste la mano. Y con la promesa de seguir, no igual que antes,

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

porque eso es imposible, pero sí a tu manera: con honestidad, con paciencia, con humor sencillo y con la guitarra sonando bajito, recordando que lo esencial no hace ruido.

Descansa en paz, papá. Aquí nos quedamos, juntos, sosteniéndonos, abriendo mañana el taller de la vida como tú nos enseñaste: con las manos limpias, la palabra dada y el corazón dispuesto. Te queremos. Y te llevamos con nosotros, para siempre.

Este discurso fue creado con discursofuneral.es.Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora endiscursofuneral.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es